

POR LOS CONTORNOS

J. Ignacio Narváez

Nos hallamos frente a la pompa de la región. Por doquiera surge una promesa de dicha. El ambiente está saturado de paz eglógica.

No hay apresuramientos. La calma —esta buena señora— se ha impuesto en los contornos. Las mieses maduran despacio. Y, con paso lento, tras de la yunta vuelve el indio a abrir el largo surco.

El camino, amodorrado, se reclina en la pendiente; después se pierde en lontananza.

Las buenas gentes se asoman a los corredores de sus casas. Nos miran con curiosidad. Sus ademanes no tienen asomo de inquietud. Aladean con el pie la mazorca separada del montón; la reintegran a él. Se inclinan. Una rama o un haz de hojas secas para la cocina. Increpan al perro que nos sale al paso con ladridos furiosos. Pasamos. Todo lo mismo que antes. Gestos y actitudes: precisos.

En este ambiente pastoril, ajeno a preocupaciones, los poblados, con algunas decenas de gentes humildes y sencillas, aparecen subrayando los caminos, o reclinados en el llano, como un rebaño cuyo pastor duerme la siesta, o en las laderas, como una manada dispersa de reses bravías.

Los pobladores no ambicionan mucho. La casita con puertas a la vera del camino y la huerta. Eso les basta. La simplicidad del alma campesina no ve más allá del presente cómodo, repleto de abundantes cosechas y numerosas crías de ganado. Nos ven pasar. No les importa nuestra intrusión. Prosiguen con su risa fresca y sonora en los labios. No se inmutan a pesar del vestido desaliñado que llevan. Es que viven con la convicción de que todos son miembros de una misma familia en la cual no caben recelos. No

nos conocen. Sin embargo nos saludan. Los hombres se tocan respetuosamente el sombrero. Se insinúan. Nos dan indicaciones, no son interesados. Tienen gusto en poder servirnos en algo.

Los domingos en los poblados. La policromía de los trajes luce en los dinteles de las puertas. Las mujeres se sientan formando escala y arremangado el centro nuevo para no hacerlo de tierra. Hablan de la sencillez de la vida rural. En la plaza, de ordinario desolada, donde el buen sol agosta la frescura de las hierbecillas, juegan los hombres a la pelota. Sudorosos, agitados, sus apuestas no aminoran el entusiasmo de las partidas. No hay más diversión. A la tarde, algún mozo hace vibrar las cuerdas de la guitarra y acompaña alguna canción melancólica.

Estos son los poblados. Refugio de tranquilidad. Limitación del dolor humano. Son la risa ingenua que se dispersa en el claro del día y siembra de felicidad las almas.

Nuestros poblados. Los evocamos con singular cariño. Ellos pusieron todo su entusiasmo en la faena. Trabajaron como gigantes en medio de su pequeñez admirativa. Silenciosos, no reclamaron el elogio. No pensaron, ni remotamente, en el alcance incalculable de la obra cuyo advenimiento apresuraban. Ciegos, pero fervorosos, arrancaron al presente un jalón para el mañana. Y hoy que, absortos, mirarán pasar la máquina resoplante, portadora de una vida nueva y febril, estampamos un renglón cordial en esta página, como saludo cariñoso a los poblados que se alardean para ver mejor lo que siempre les será ajeno: el ferrocarril.

SAN PABLO.- Empezamos por los pueblecitos que rodean la pupila azul del Chicapán. San Pablo. Al tope del Cusín, donde comienza la rinconada, cortada en mitades por el Itambí, las casas se despliegan como alas de un bella garza. Su "Lourdes" se empina sobre una terraza. Desde allí se dominan los huertos casi siempre floridos. En las calles, gentes contadas. Dentro, en los rincones de la vivienda, buen número de los miembros de la familia arranca un sonido escalofriante de la fibra de la toquilla. Se teje sombreros y buenos. Esta actitud del trabajo nos embelesa. No nos atrevemos

a quitarles ni un solo minuto de tiempo con preguntas. Salta a nuestra vista la respuesta elocuente. Trabajan en silencio. Buscan el pan con nobleza. Bendecimos este gesto cotidiano. Pensamos que, después, por las calles agujarradas de San Pablo otra generación llevará la buena nueva del amor y la concordia a todos.

GONZALEZ SUAREZ.- Un manojito de casitas sobre un antepecho del alto de Cajas. Habitantes de caras terrosas y de ademanes resueltos. Pocos hombres. Están fuera; asomarán al anochecer conduciendo la recua que portó trigo y papas a la ciudad.

SAN RAFAEL.- Ha escalado el Mojanda más que ningún otro poblado. Desde la iglesia se domina el panorama del lago. Toques de sanjuaneros ponen una alegría entristecida en el ambiente. Llega un indio cargado de un envoltorio de *esteras*. Se detiene frente a la *Tenencia*; arrima su carga a la pared. Solicita permiso para el próximo San Luis. Es capitán coraza. Pasa ese año el cargo. Es tan sonora la fiesta, y, sobre todo, en San Rafael se juega toros en los días sanluisianos de música, de *puro* y de pifanos. El cura consiente la misa de los priostes. Buenas entradas. Sin embargo no se ve hasta ahora una piedra más en el frontis desmochado de la iglesia. Así la hemos visto desde niños. Buen San Luis todos los años.

ESPEJO.- Limpieza en el aspecto. Ordenamiento en las casas que flanquean el camino. Una hay sobre todas, la casa de la escuela. Graciosa y aseada. Atrae. Los pobladores se sienten impulsados hacia ese lugar. Es su orgullo la escuela. Viven arrobados en su contemplación. La maestría es buena, nos dicen. Tienen gozo de entregar sus hijos en manos amables. La vida de este poblado gira en torno de la escuela, de donde se prolonga una risa sana y optimista que inunda de calma el contorno.

ILUMAN.- No tiene el vecindario idílico del lago. Pero esplende con rara belleza. Al pie del Imbabura, formando una curva en la vía, limita dos intereses. Abajo, hacia el Ambi, el del latifundio; arriba, hacia el cerro, el del pedazo para todos.

De los corredores se esparcen frases a media voz. Nos saludan estas buenas gentes desde su poyo de labores. Dejan la monotonía del golpeo sobre la lana para vernos. Cuando hemos pasado, vuelve el ruido, que se prolonga hasta el fin y que viene de uno y otro flanco de la calle. Son buenos los sombreros de Ilumán. En las ferias del sábado se consumen rimeros de esta prenda de factura especial.

Los contornos están atestados de telares indianos.

Cae pronto la bruma. Nos envuelve. Nos imaginamos que las manos de estas gentes laboriosas han escarmenado la nube que amarraba la cabeza del Imbabura.

QUICHINCHE.- Hay que bordear todo el extremo norte de la loma de este nombre para llegar al poblado. Es reciente la construcción de la iglesia. Hubo muchos días de toros cuando se puso su última teja.

Gentes bondadosas. Pocas se quedan sin visitar la región subtropical de Intag. Nos devuelven con una sonrisa nuestra visita.

Estamos de vuelta. Hacia la ciudad, con un tesoro de dichas. Traemos en las almas una honda impregnación de paz frayluisleonina. Un bienestar que nos conforta. Algo como esa alegría pura y serena de la naturaleza, se ha adentrado en nuestro ser milagrosamente. No podemos negarlo: nuestros ojos se encuentran saturados de belleza, de la belleza sin igual de estos contornos. Si pudiéramos retener en nuestras pupilas, avezadas a mirajes fugaces, la visión plácida y encantada. Si pudiéramos seguir mirando siempre lo mismo...! Pero no. Llegamos. Con piedad y silencio, frutos de arrobamiento contemplativo. Nos sentimos purificados. Como si nos hubiesen bañado de amor y de esperanza, o nos hubiéramos llenado de perfume, de sol, de armonía y de gozo. Hemos llegado. Hasta el polvo que se

desprende de las suelas parece quedarse con humildad en el empedrado de la calle que comienza.

"Imbabura" Nos. 3 - 4, septiembre - octubre de 1928.